

Arnoldo Palacios

Las estrellas

son negras.

Una novela más allá de la marginalidad

Álvaro Miranda*

Irra es el personaje central de la novela *Las estrellas son negras*, del escritor chocoano Arnoldo Palacios (1924), quien nació en la población de Cértogui. Decir personaje central significa que el eje narrativo gira sobre ese marginado. ¿Y quién es Irra? La síntesis de los alejados, de los que son marginalidad. Palacios entiende desde su óptica de narrador que el margen, la orilla, es el lugar de acción de los que en la literatura muchas veces son considerados como factores secundarios, anti-héroes y que por ser quienes son, lo último en la escala, merecen ocupar el centro.

Literariamente, al centro del universo llega al Chocó, ese departamento de Colombia donde los fantasmas son negros, la noche más negra que la negritud y los negros más oscuros que los que los blancos de la Colonia, esos que los depositaron como esclavos en esa geografía donde futuros gobiernos no han hecho más que cerrar sus puertas para que nadie salga de su confinamiento.

Mirar a Irra, apócope del nombre Israel, irónicamente en este caso el pueblo de Dios, significa encontrar la otra sin razón de la comodidad, el desajuste total de ese otro pueblo que ni siquiera el diablo pastorea porque sería una carga para el mismo infierno.

Irra es “desazón en el estómago. Hambre”, y él lo sostiene: “La desazón se iba esparciendo a todo el cuerpo... sintió náuseas, un vahído... se incorporó sosteniéndose del borde de la champa. El estómago se revolvía produciéndole un cosquilleo, ansias de vomitar... Sacó la cabeza hacia el río... miró su imagen en el agua... y el primer empujo del vómito... Su garganta gorgoteaba y sentía que el estómago se soltaba por la boca... pero nada arrojaba... Se apretó el vientre y luchaba por vomitar, hasta que fue saliendo una cosa verde, viscosa que sabía amarga” (p. 33).

Desde las primeras páginas de *Las estrellas son negras*, Arnoldo Palacios instala con maestría al Emilio Zolá de *Naná*. El detalle es narración, el

* Poeta, novelista: Profesor de la Universidad Central, Departamento de Humanidades y Letras.



vómito la suma de las palabras que se detienen en lo mínimo, en aquello que el francés ha enseñado al colombiano. Irra es el hambre total, la ausencia de comida. El personaje es tan liviano en la descripción que parece que levitara en lo pesado. La medida de la levedad no la establece su delgadez, sino el lenguaje sutil de Arnoldo Palacios. Las palabras van lineales como si fueran un manojo de luz cohesionada y coherentes en el orden de lo descriptivo para no despeñarse en lo retórico. Cada significado va cargado de una paz que sorprende en medio del desespero que narrativamente está dominado por un escritor que desde su primera obra lo ha sabido hacer. Paz en el lenguaje significa transparencia del decir. La transparencia aparta la rabia del discurso, aquella que podría provocar el hambre milenaria que ha sufrido el pueblo del Chocó. Paradójicamente, el hambre en lugar de muerte cobra vida. El lector pierde el apetito para volverse solidario con Irra, el hambriento. Después de salir del río donde buscaba infructuosamente atrapar un pez, es él quien brinda a los peces alimento con su vómito, al estilo naturalista.

Ahora es el lector el que sigue acompañando a Irra con su hambre, el que ansía tener la comida inexistente. Sobre los ojos de quien hace lectura se hallan los platos boca abajo, el vaso de aluminio aplastado, vacío para que se entienda que el personaje no tiene oportunidad de comer. ¿Y la esperanza? ¿Dónde está la solución? La esperanza está en el cacareo de una gallina que se mueve en su nido debajo del fogón. Y

comienzan todas las disquisiciones existenciales: ¿por qué no matar esa gallina gorda que merece ser comida? ¿Por qué no vender el huevo que pone diariamente? He aquí el dilema: comer o no comer gallina es la cuestión.

Aunque los originales de *Las estrellas son negras* se quemaron en los incendios del 9 de abril de 1948 cuando su autor la terminaba en una máquina de escribir en el edificio del Ministerio de Educación, el líder asesinado para esa fecha, Jorge Eliécer Gaitán aparece en el itinerario narrativo. Se trata de un Gaitán literario comparado metafóricamente con el real. Los dos se hallan separados del Partido Liberal, con la intención de crear su propio sentido político, pero en el de la ficción el autor lo llama el partido Paneslavismo. Con ello se va lanza en ristre contra el periódico *El Tiempo*. El diario aparece con su nombre, sin eufemismos y Gaitán, camuflado.

El periódico, que es leído en voz alta en la tienda del negociante Pastor, donde Irra ha ido a fiar comida, dice: “Pudimos notar profunda decadencia en su movimiento que nació muerto... El Teatro Municipal vació: la luneta llena, pero los palcos y galerías desiertos. El desencanto de las masas fue evidente: no aplaudían con el desenfreno de otros tiempos... y hasta se escapaban nutridos suspiros de sabotaje en el seno de la mul...ti...tud”.

Gaitán está muerto para el momento en que Palacios reconstruye su novela quemada. Lo que hace, de nuevo, es traer la relación y dominio de la prensa en la opinión.

Las estrellas son negras es una obra literaria y no un pasquín político. El autor sobrepone la dignidad literaria sobre la mezquindad política. Lo que prevalece en sus páginas es el lenguaje sobre lo ideológico. El autor, con claridad, entiende lo que el premio Nobel Tomas Tranströmer en uno de sus poemas aplica cuando dice que sobre las palabras debe estar el lenguaje. Palacio en la práctica de su escritura deja que las palabras agachen su cerviz frente a la fuerza del sentido, de la expresión. La idea está siempre presente en el discurso que no se politiza, en la superación del racismo que no deja que lo arrastre como dogma, para que solo impere y en primer plano, el suceso que cubre a todos. ■